

RESEÑAS Y NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

José Manuel Sevilla: *Prolegómenos para una crítica de la razón problemática. Motivos en Vico y Ortega*. Barcelona, Anthropos, 2011.

Inmaculada Murcia Serrano

La vida humana no es presumible ni segura, sino problemática de raíz, es decir, en perpetua crisis e incesante cambio. Partiendo de este presupuesto, y exhibiendo una actitud “matinalista” (en homenaje a Ortega, quien denostaba el pensamiento “vesperinista”), José Manuel Sevilla (El Puerto de Santa María, 1958), nos introduce, a modo de exordio, en una crítica de la razón problemática como presupuesto para ejercitar la razón vital e histórica. Se trata de una madurada propuesta filosófica – examinada ya desde obras como *Ragione narrativa e ragione storica* (2002) o *Conquistar lo problemático* (2005), así como desde la multitud de artículos en los que se ha ido sedimentando la propuesta-, que actualiza y revitaliza el pensamiento en respuesta a los fracasos del idealismo moderno y a los embates nihilistas de un posmodernismo escéptico ante la posibilidad de encontrar algún tipo de verdad. El anclaje en lo problemático descarta de por sí las amenazas de cualquier tipo de dogmatismo, que resultaría, a estas alturas, igualmente obsoleto; pero también aleja los peligros de un relativismo estéril que aboca al filósofo al enmudecimiento. Lo problemático, en esta propuesta, es, de hecho, *termino a quo* y *termino ad quem*, pues considerar como núcleo del pensamiento la realidad como problema supone también problematizar la propia filosofía, que, en su dedicación a la verdad, debe abandonar toda Verdad que no pueda revisarse. En esta saludable contención recíproca entre la disciplina y su objeto, tienen mucho que decir los dos filósofos que inspiran los presupuestos del planteamiento de José Manuel Sevilla: Giambattista Vico y José Ortega y Gasset, cuyos pensamientos constituyen los dos grandes pilares de la obra que reseñamos.

En resumidas cuentas, los fundamentos del problematismo filosófico pueden sintetizarse así: en primer lugar, el presupuesto de que la realidad no se nos da como cosa sino como problema, y que la razón, por tanto, emerge y se despliega en un contorno problematista que afecta, como ya se ha indicado, a su propia constitución; en segundo lugar, que la razón histórica ha de tener su soporte ontológico en la razón vital y expresar su convertibilidad en “razón narrativa”; finalmente, que dicha razón regresa críticamente sobre sí misma tras su función tópica y aporética, reestructurándose en una suerte de nueva *storia ideal eterna* que, como léxico de la naturaleza común humana, posibilita, como en Vico, la narración de la propia razón. La razón problemática

necesariamente ha de ser narrativa si quiere, esta vez como en Ortega, *ejecutar* la intimidad de las cosas, es decir, sacarlas a la luz en su realidad efectiva, no abstracta.

La filosofía problematista hunde sus raíces en la tradición filosófica del Renacimiento italiano, la del humanismo y la retórica, que opone a la razón genérica las facultades humanas del ingenio, la imaginación o la invención (a este respecto, resulta sumamente interesante la explicitación que Sevilla hace del pensamiento de Grassi en su singular respuesta a la crítica heideggeriana del humanismo). El problematismo filosófico reivindica así la vigencia y la actualidad de una forma de pensar, centrada en la palabra y abiertamente *problematicista*, que aprehende la existencia y la historicidad humanas alejándose de otras propuestas retóricas contemporáneas, que, abrazadas al *ethos* de lo posmoderno, descartan la posibilidad de alcanzar alguna certeza. José Manuel Sevilla vincula esa otra tradición de la palabra con la propia filosofía de Vico, y se abraza, además, a la defensa que éste hizo de la mente entendida como un *continuum* de las facultades, no como un compartimento subdividido en partes jerarquizadas entre sí. Integradas en una sola instancia, las facultades consideradas tradicionalmente inferiores asumen la tarea de hallar similitudes y de crear metáforas con las que correlacionar el *verbum* y la *res*, y dar sentido *poiético* y, a un tiempo, filosófico al ser problemático del hombre. Desde esta perspectiva, filosofar es como narrar, es decir, desarrollar, a modo de relato, el *logos* de las cosas, buscar su génesis y explicar así cómo aquellas llegan a ser. Es en este adentrarse narratológico en el ser de las cosas en donde adquiere importancia la reivindicación del “método etimológico”, con el que se indaga la raíz de las realidades humanas para averiguar su sentido y apaciguar la inquietud que provoca en el hombre su carácter esencialmente problemático.

En la segunda parte de la obra, José Manuel Sevilla defiende la tesis de que bajo todo el pensamiento orteguiano se encuentra subsumida y siempre palpitante una ontología del problematismo. En este sentido, hay algo de fenomenológico -de herencia, igualmente, orteguiana-, en la forma en que el autor se acerca al enfrentamiento real entre el hombre y los problemas. Sevilla contempla dos tipos de problematicidad, la práctica y la teórica. Los problemas prácticos serían aquellos que el hombre no se plantea sino que recaen sobre él como parte integrante de la vida. Los problemas surgen en cuanto acaece ante nosotros la realidad presentándosenos como desconocida, como algo ante lo cual no sabemos “a qué atenernos”. *Son*, pero no sabemos *qué*; aparecen, pues, como paradójicos, como *dilemas*, y, por tanto, como una “agresión” al intelecto que, sin embargo, no consiguen repeler, sino que atraen por desafiar a la inteligencia. El reto desencadena la actitud teórica que trata de resolver *problemáticamente* la contradicción. Si el problema práctico consiste en dar ser a lo que no lo tiene, el problema teórico radica, a la inversa, en hacer que no sea lo que es, en poner a prueba las supuestas verdades. Para Sevilla, Ortega habría conseguido demostrar que la filosofía consiste, justamente, en negar provisionalmente todo ser para reconfigurarlo como problema. A raíz de este resolver sin resolver o de *resolver problematizando* se extrae, en última instancia, una definición de la filosofía. Su objeto y su punto de partida serían los problemas radicales; su actitud, la esforzada que reacciona ante una realidad que se presenta como problemática; finalmente, su núcleo lo constituiría la principal realidad, la de la vida humana como problema irresoluble. La razón histórica

viquiana y orteguiana se concreta, en definitiva, en una razón problemática que pretende ser consecuente con su cometido sin renegar de un pasado que, a luz de esta propuesta, resulta aún, en muchos aspectos, más que reivindicable.

Pablo Badillo (Ed): *Filosofía de la razón plural. Isaiah Berlin entre dos siglos.* Madrid, Biblioteca Nueva, 2012
Antonio Ruiz Zamora

“En la casa de la historia humana hay muchas historias”
Isaiah Berlin

Tocqueville nos advirtió, después de las revoluciones de finales del siglo XVIII, que se hacía imprescindible la creación de una nueva ciencia política, debido a que todas las categorías en las que se había formulado el pensamiento hasta entonces se habían convertidos en estériles y opacas, y no permitían comprender los fenómenos históricos a la luz de los nuevos tiempos. De igual forma, una vez que se conocieron los desastres totalitarios del siglo pasado, y que provocó la definitiva desconfianza en cualquier utopía terrena, o el peligro inherente de las propuestas esencialistas en el ámbito de la acción moral y política, se hizo manifiesto por parte de una generación de intelectuales, reconducir las interpretaciones realizadas acerca del decurso de la historia y plantearlas sobre presupuestos nuevos. Como señala el profesor Badillo en el libro que reseñamos, refiriéndose al sustrato socio-histórico del que parte un liberal como Hampshire: “De entrada, se puede decir que la mayoría de sus planteamientos sobre moral y política son consecuencias y reflejo de sus vivencias de los grandes fenómenos totalitarios del siglo XX, pero con una especial atención al surgimiento del nacionalsocialismo- algo muy parecido le sucedió a Berlin- que supuso la quiebra de todos los planteamientos previos acerca de la relación entre inocencia y experiencia vital, así como la quiebra de cualquier perspectiva sobre la idea de justicia”. Como sabemos, esta concepción no se le debe atribuir en exclusiva a la tradición liberal, sino que es fácilmente identificable en autores tan dispares como Albert Camus, y su filosofía del absurdo, o las reflexiones históricas y políticas de Hannah Arendt en torno a la natalidad. De cualquier forma, es justo considerar a Isaiah Berlin, objeto de análisis del presente ensayo, como una de las figuras más representativas del liberalismo del pasado siglo, y al que se le debe reconocer la aportación de una diversidad de conceptos que son hoy en día objeto de estudio por los especialistas en la cuestión, y que son examinados en profundidad por los distintos autores que participan en esta ensayo en conmemoración del centenario de su nacimiento.

Así, su planteamiento sobre los dos conceptos de libertad, y la defensa de un pluralismo axiológico que rechaza de plano la vieja metafísica esencialista, cuyos orígenes se puede remontar a Platón, han entrado a formar parte de una perspectiva ya clásica en filosofía política. Igualmente, con respecto la interpretación de la historia, se

debe asumir lo inaceptable de cualquier tipo de determinismos en los procesos históricos (que entronca con la crítica al marxismo) y su acercamiento historiográfico a la obra de Vico y Herder. Por otro lado, no habría que olvidar, la crítica a los principios de una razón universalizante y unívoca que emana del proyecto ilustrado, o la insuficiencia del método científico, tal como se establece en las ciencias naturales, en su aplicación a los juicios morales y políticos (y que Joaquín Abellán analiza en relación con los escritos de Max Weber).

Después de comenzar su andadura filosófica dentro de los parámetros de la tradición analítica en la Universidad de Oxford, Isaiah Berlin abandonaría progresivamente estos presupuestos ante el reduccionismo metodológico que suponían, y pasaría a abrazar el estudio de la *historia de las ideas* siguiendo la estela de Lovejoy. Los profesores José Manuel Sevilla y Pablo Badillo profundizan en sus respectivos capítulos sobre cuáles pueden ser los elementos “genéticos y embrionarios” de la obra del oxinense. Tal como señala el primero, Vico y Herder, y su “rebelión romántica”, serán los dos autores contracorrientes que influirán de manera decisiva en la comprensión de la naturaleza humana y en el pluralismo de los valores. Si para Vico en su “*Scienza Nuova*” la naturaleza se entiende como fluyente y dinámica, en una identidad referencial entre ideas, palabras y cosas, en la obra de Herder observamos una negación de cualquier fundamentación absoluta de los valores en una apuesta por el particularismo cultural en su dimensión historicista (en una defensa de lo individual y concreto). Así, la propuesta berliniana consistiría en “hacer todo lo posible por ver los problemas desde dentro, estar imaginativamente en el mundo mental de los filósofos”. La historia de las ideas se constituye de manera conflictiva en un conglomerado de conceptos que logran cristalizarse en la historia del pensamiento, solidificándose en cada una de las circunstancias históricas. José Manuel Sevilla, para desvelar la problematicidad propia de esta cuestión, recurre a la obra de Ortega y Gasset (y la influencia de Dilthey en el mismo), en la distinción que establece entre ideas y creencias, para concluir que toda idea no puede más que concebirse como una encarnación histórica. De esta manera, los historicismos evitan la presunción arrogante de juzgar cualquier cosmovisión bajo los parámetros “*sub specie aeternitatis*”, modelándose la realidad, por el contrario, a través de un hombre que se constituye como sujeto activo insertado en la historia. Como señala Berlin “las ideas no nacen en el vacío, (sino que) es necesario el conocimiento de la historia social, del impacto de las fuerzas sociales”. Nos encontraríamos, pues, con un autor que navega a Contra-corriente, pero de ningún modo Contra- Ilustración. Si del proyecto ilustrado emanan fantasmas muy reconocibles, siendo una razón totalizante un aspecto perverso del mismo, la Contra-Ilustración no dejaría de tener los suyos propios, siendo el sentimentalismo o los irracionalismos ejemplos de ello.

Por su parte, el profesor Badillo, se centra el origen de los conceptos políticos más significativos de los escritos de Berlin. Si la filosofía política se constituye de manera autónoma, adquiriendo su propia dignidad en el alejamiento de los parámetros de la ciencia al uso, la única vía que encontramos en este pensador para clarificar las perplejidades que nos ofrece la política es sumergirnos en el estudio de la historia de las ideas a través del concepto de *Einführung* herderiano (sentirse imaginativamente dentro

de) o recurriendo al concepto de *fantasia* viquiano. Los pensadores contracorrientes no deben ser interpretados como defensores de valores antitéticos y contrapuestos hacia la Ilustración (coincidiendo en este punto con el profesor Sevilla), sino que realizaron un noble intento por evitar los abusos propios del universalismo ilustrado, distanciándose de la construcción de cualquier metafísica monista en la interpretación de los acontecimientos históricos. Serán pues, el pluralismo y la libertad, las dos aportaciones más brillantes que se le deban atribuir a Isaiah Berlin, y que sirven de base a Pablo Badillo para comparar los presupuestos de su obra, y confrontarlos con las propuestas de dos teóricos del liberalismo como son Stuart Hampshire y Judith Shklar, realizando una interesante reflexión sobre el pesimismo en el que puede caer la perspectiva liberal por la inevitabilidad del conflicto de los valores y la resolución de los mismos. Para Hampshire sería un error “planificar una reconciliación final de moralidades en conflicto dentro de un orden social perfecto (...) como los métodos racionales en las ciencias y el derecho han difundido”, y por ello, el pluralismo moral debe ser considerado un elemento incuestionable de la experiencia humana. Por su parte, Shklar, apuesta por una defensa de la diversidad social en donde “una pluralidad de opiniones y de costumbres no sólo debe mantenerse, sino favorecerse y apoyarse”. Es, en definitiva, una definición del liberalismo como de “huesos desnudos”, o si cabe, un liberalismo del miedo donde se hace necesario afrontar el hecho de la crueldad.

Los profesores Joaquín Abellán, Fulvio Tessitore y Giuseppe Cacciatore, profundizan en sus respectivos capítulos, sobre la ética de los valores y la conflictividad inherente a los mismos. Abellán, partiendo de la obra de Max Weber, y su caracterización del mundo moderno como una época asentada en un politeísmo axiológico, resalta la dificultad que ofrece la ciencia para suministrar juicios de valor que puedan ser utilizados por la ciencia política. El pluralismo de Isaiah Berlin no debe ser nunca considerado un relativismo porque, como se señala, aunque “haya una infinidad de ellos, el número de valores humanos, de valores que yo pueda perseguir manteniendo mi rostro humano, mi carácter humano, es finito”. Se debe contemplar, pues, la negación de los dos focos del problema: por un lado, un monismo basado en un único valor, y que fue característico de las moralidades que defendían las antiguas propuestas filosóficas, y por otro, la falsedad y las trampas que encierra el relativismo epistemológico. La perspectiva plural quedaría trazada en la obra de Berlin como una “rivalidad permanente” que hace inevitable “las colisiones sociales y políticas”, si bien la desesperanza que todo ello pudiera provocar queda anulada, ya que “existe una experiencia humana universal que nos hace comprensibles otras culturas”. Los individuos, desde esta posición, son impelidos a decidir libremente entre distintas opciones, quedando así eliminada la aceptación de posiciones monistas que han acarreado numerosos problemas (y grandes tragedias) cuando han intentado cristalizarse como proyectos políticos. Como dice Berlin “la búsqueda de la perfección me parece una receta para una matanza que no mejora aunque fuera demandada por los más sinceros de los idealistas, por los más puros de corazón”.

Por su parte, el profeso Giuseppe Cacciatore analiza en el problema de la libertad resaltando la visión plural de la racionalidad en la obra del oxinense. Si asumimos esta condición plural de la razón, en consonancia con los postulados de Vico

y Herder, cualquier tipo de determinismo que señale el camino a seguir en los procesos históricos queda descartado por peligroso e incierto. Se debe eliminar la posibilidad de construir una sociedad perfecta (tal como se ha hecho mención con anterioridad) ya que los propios pensadores contracorrientes “nos invitan a dirigir la mirada hacia sociedades distintas (...) debido a que de todos modos son seres humanos”. Esta diversidad, según Crowder, no es incompatible con un horizonte moral compartido por los seres humanos. Es por ello que la defensa de los derechos humanos que hace Berlin se sustenta en el reconocimiento de la dignidad intrínseca de las personas como seres morales, y que conllevaría la obligatoriedad de construir una sociedad decente. Por último, el profesor Tessitore, considerando que Berlin nunca abandonó del todo los parámetros de la filosofía analítica a la hora de abordar los problemas, analiza los dos conceptos de libertad, y la asunción de la libertad negativa como “un ámbito dentro del cual no se puede actuar sin ser obstaculizado por otros”. La posición anti-determinista de Berlin viene provocada por su rechazo de toda propuesta monista en el ámbito moral, ya que ésta posee implicaciones platónicas que conducen a la construcción de sociedades perfectas, reforzadas a su vez por el cartesianismo propio de las ciencias naturales, lo que implicaría asumir una determinación de los hechos, siendo esto “una quimera nacida de una fallida comprensión de la naturaleza de las ciencias naturales”. Por tanto, no cabe otra opción que apostar por la libertad negativa, pues esto implica antimonismo, antirrelativismo y pluralismo como forma de comprender y acercarse al mundo.

Los profesores Juan Bosco Díaz-Urmeneta y Mario Ricciardi actualizan en el libro las problemáticas que emergen sobre la identidad colectiva, la interculturalidad y los nacionalismos, y hacen distintas reflexiones a la luz de la obra de Berlin. El profesor Díaz-Urmeneta parte del sugerente concepto de desasosiego y lo proyecta sobre cuatro problemáticas culturales y políticas que pueden caracterizar a nuestra época: el conflicto que se establece entre el cosmopolitismo ilustrado (o la ley racional kantiana) y los particularismos culturales (analizado a través de la obra pictórica de Goya); el nacionalismo, en consonancia con el sionismo de Berlin, y “las prácticas nacionalistas” que pueden terminar siendo lesivas para la libertad; la situación de las diversas culturas en el mundo actual; y por último, la cuestión de la convivencia entre distintas culturas dentro de un mismo territorio. Si para Herder cada cultura es una expresión vital que se manifiesta a través de lenguajes diversos ya que “solo mediante el habla se despierta la razón dormida”, las tensiones inherentes de estos conflictos sólo pueden resolverse recurriendo a una sensibilidad empática hacia los contenidos de otras realidades culturales, siendo posible comprender y apreciar al otro adoptando una actitud intercultural. Así, la *fantasia* de Vico, consistente en una tentativa de la imaginación para aprehender otros modelos de estar en el mundo, o la *Einfühlung* de Herder, son valiosos instrumentos filosóficos que pueden ayudar en el entendimiento mutuo. Como señala Díaz-Urmeneta, resaltando el hecho de que en la convivencia con otras culturas se crean inevitables colisiones, no cabe otra posibilidad que asumir la posición del pluralista, ya que en expresión de Berlin “el respeto decente a los demás y la aceptación del desacuerdo son mejores que el orgullo y la idea de una visión nacionales, y que el pluralismo y una cierta indefinición son mejores que la rígida imposición de un sistema totalizante”.

Por último, si consideramos que el liberalismo ha sido unánime en su rechazo a las concepciones románticas que emanan de los nacionalismos, el profesor Ricciardi, partiendo del ensayo de Hume *Of National Characters*, desarrolla la cuestión sobre si es posible hallar pautas comunes que puedan definir la identidad nacional. Pensadores como Fichte, Herder o Hegel hicieron en su momento una defensa del sentimiento nacional, y en el presente siglo, diferentes autores, han profundizado en esta perspectiva vinculando el sentido de pertenencia a una comunidad con la propuesta liberal. Se trataría de re-examinar la tesis de John Dunn a los ojos de Berlin, planteándose la cuestión de si puede haber “una conciencia nacional no agresiva”. Ricciardi realiza una comparación entre la construcción nacional norteamericana, y la impronta de una ciudadanía jurídica constitucionalmente asumida, con la sospecha de que el patriotismo cultural puede crear serios problemas en el ámbito de la convivencia. Si para Santambrogio “la identidad colectiva es irremediablemente confusa y sería una buena idea prescindir de ella”, para Berlin, la identidad nacional vendría determinada por un dibujo, un pattern, producido por el entrelazamiento de hilos, aunque se hace necesario recordar que Berlin se distancia de cualquier nacionalismo que se fundamente en una perspectiva romántica. La solución a este dilema se establece recurriendo a un teórico de la política como Michael Walzer, estableciéndose que la identidad nacional debe asumirse como una identidad plástica en una construcción histórica y jurídica en consonancia con los propios orígenes de los Estados Unidos.

En carta de K. Popper a Isaiah Berlin, y en relación con la conferencia sobre los dos conceptos de libertad, le hizo la siguiente observación sobre cuáles son las virtudes que debe poseer un liberal: “En mi opinión es usted un racionalista ejemplar; en efecto, racionalidad significa para mí, la disposición a prestar atención a la crítica y a la argumentación. A la crítica que los otros hacen de lo que uno piensa y dice, y ser sumamente crítico con las propias predilecciones y las maneras de entender las cosas”. Si como sabemos, el racionalismo de Popper es crítico en consonancia con la metodología científica que le sirve de base para crear su particular cosmovisión del mundo, en el caso de Berlin las coordenadas en las que fundamenta sus presupuestos parten de un racionalismo pluralista acorde con el reconocimiento de la diversidad de valores: “El pluralista va más allá de la tolerancia porque no se limita a conceder, sino que se deja interrogar por quien mantiene posturas diferentes”. Todos los profesores que participan de este ensayo profundizan en los aspectos esenciales de la obra de Berlin, bien en su sentido historiográfico como historiador de las ideas, bien como teórico político. Como mantienen los mismos, la aportación más relevante que se le debe reconocer es la del pluralismo (en consonancia con el título del libro y la razón plural). El ensayo, de esta manera, ofrece una oportunidad para aventurarnos en el estudio de los términos y conceptos que sustentan la obra de este pensador, y poder profundizar en la perspectiva liberal que defiende y las problemáticas que emergen de la misma.

LIBROS RECIBIDOS EN *FEDRO. REVISTA DE ESTÉTICA Y TEORÍA DE LAS ARTES*

Karl Kraus, *La tarea del artista*. Casimiro, 2011. Selección, traducción y presentación de Miguel Catalán

“Ciertamente, el artista es el Otro. Pero justo por esa razón debe adaptarse en su apariencia exterior al aspecto de los otros. Sólo si desaparece entre la multitud podrá permanecer en soledad. En cuanto atraiga la mirada ajena sobre alguna peculiaridad suya, se volverá uno más y pondrá sobre su pista a los posibles seguidores. Cuanta más razón tiene el artista para ser otro, más necesario le resulta servirse de las vestimentas ajenas para imitarlas a modo de camuflaje. Una apariencia llamativa constituye una diana para la embriaguez. El borracho, de quien otros se burlan, se encuentra a sí mismo discreto y superior al compararse con la excentricidad melenuda. El beodo, de quien se burla la chusma, encuentra risible al hombre de la chaqueta de payaso. Descuidarse a propósito para sobresalir de la medianía, llevar la ropa sucia como si fuera una medalla de honor al Arte y a la Ciencia, agitar una cabellera hirsuta contra la falsedad del orden social –he aquí un ideal de cantores vagabundos que hace ya siglos fue abandonado por sus maestros y que hoy puede practicar cualquier pequeño-burgués. Los verdaderos bohemios no hacen a los filisteos más concesión que aquella que les pueda irritar, y los verdaderos zíngaros miden su tiempo con relojes que no por fuerza han robado.” Karl Kraus

María Zambrano: *Confesiones y Guías*. Edición, introducción y notas de Pedro Chacón. Madrid, Eutelequia, 2011

Bajo el rótulo de *Confesiones y Guías* se recogen diversos textos de la pensadora malagueña, alguno inédito, otros no fácilmente accesibles en la actualidad, y todo ellos presididos por un mismo objetivo: reivindicar otros géneros literarios en los que el pensar no hace abstracción del sujeto que piensa, caminos que han dejado de transitarse pero que encierran un privilegiado modo de iluminar la relación del hombre con su verdad, no objetivada ni pretendidamente universal. En fin, géneros literarios y métodos del saber de la experiencia de la vida. Confesiones como las de San Agustín o Rousseau, Guías, como las de Maimónides o Molinos, en las que Zambrano vislumbra más que el testimonio de un pasado, la necesidad de su recuperación para poder afrontar la crisis espiritual en la que se encuentra sumido el hombre contemporáneo.

Emilio Rosales: *Baroja. La novela como laberinto*. Oxford, Peter Lang, 2012

El presente libro se aproxima a la obra de Pío Baroja combinando los estudios literarios con la Estética. Esta aproximación novedosa permite formarse una idea más completa de su pensamiento y de su concepción de la novela, incidiendo en la estrecha relación que existe entre ambos aspectos.

Por una parte, esta perspectiva muestra con claridad hasta qué punto el pensamiento barojiano trasciende ese pesimismo nihilista con el que siempre se lo ha identificado. Por otra, permite comprender mejor su concepto de la novela, donde se alteran profundamente todos los elementos de las formas narrativas heredadas para

orientarse hacia la búsqueda de una novela abierta. Finalmente, el presente estudio se detiene en una parte esencial pero algo olvidada de la obra barojiana: sus numerosas novelas de aventuras. A través de ese género menor desarrolló Baroja de manera muy libre sus presupuestos estéticos y perfiló los aspectos más positivos de su pensamiento.

Todos estos temas sirven para destacar la enorme coherencia estética de la obra barojiana y para insertarla en su contexto (la proximidad a la estética del 98 y las diferencias con Ortega, que superan la conocida polémica sobre la idea de novela), destacando igualmente su importancia en la literatura posterior.

Manuel Barrios Casares (ed.): Schiller. El giro hacia la estética en los inicios del idealismo alemán. Reflexión. Una revista de filosofía, nº4, 2012

Schiller es –no sólo como poeta, sino también como pensador- uno de los representantes más característicos de esa época a caballo entre los siglos XVIII y XIX, que gestó las formas complejas de una modernidad crítica con la que aún hoy nos seguimos confrontando. En este volumen se reexamina su aportación teórica al surgimiento del idealismo alemán. El hilo conductor de los diferentes análisis es el modo en que sus consideraciones estéticas fueron capaces de introducir una inflexión decisiva respecto a la manera precedente de interrogarse acerca de la belleza, modificando el horizonte desde el que Ilustración y neoclasicismo habían establecido la referencia a los antiguos y el valor intemporal de lo clásico como concepto normativo para una época que buscaba su propia legitimidad.

Luis Álvarez Falcón: La sombra de lo invisible. Merleau-Ponty 1961-2011 (Siete lecciones). Madrid, Eutelequia 2011

Este ensayo pretende poner en evidencia la excepcional relevancia y la dignidad de uno de los filósofos más críticos del siglo XX. Su obra, silenciada por su repentina desaparición y por el auge de las corrientes dominantes de la época, esconde las claves para desentrañar el sentido más íntimo y primitivo de la tarea del pensar. Su descubrimiento ampliará la inevitable interpelación sobre los límites de nuestro tiempo, en el avatar de una cultura en busca de respuestas sobre el incierto destino de la humanidad de hoy.

Georges Santayana: Ejercicios de autobiografía intelectual. Edición de Manuel Ruiz Zamora, Espuela de Plata, Sevilla, 2011

A lo largo de su dilatada trayectoria filosófica, George Santayana cultivó un tipo de textos muy específicos en los que combinaba la exposición autobiográfica con la reconsideración crítica de alguno de los principios fundamentales de su filosofía. En dichos escritos, el autor, interpelado muchas veces por las objeciones teóricas que le oponían algunos de sus críticos, se vio obligado a desarrollar precisiones y aclaraciones que resultan sumamente valiosas para profundizar en los aspectos más relevantes de su sistema de pensamiento. Asuntos como sus convicciones materialistas, la naturaleza de las esencias, la conjugación de su escepticismo epistemológico con una premisa de fe animal, su concepción simbólica del conocimiento, el papel trascendental que le asigna al espíritu o las apreciaciones sobre su propia poesía ofrecen una composición tan viva

como completa, no sólo de sus preocupaciones filosóficas, sino, asimismo, del recorrido existencial en el que tuvieron su origen. Cada uno de estos textos podría considerarse, por tanto, como una especie de foto fija que nos permite conocer la perspectiva del pensador acerca de su propia filosofía, todo ello desarrollado con ese virtuosismo estilístico que le ha otorgado a Santayana la justa consideración de ser uno de los prosistas más exquisitos del siglo XX.